

Las amistades y el ocio de los adolescentes, hijos de la inmigración

Joaquín Giró

Universidad de La Rioja
joaquin.giro@unirioja.es

Recibido: febrer 2003
Aceptado: octubre 2003

Resumen

Los adolescentes hijos de la inmigración entienden la amistad como un sistema de relaciones. La amistad, la que consideran verdadera amistad, significa entablar relaciones duraderas basadas en la confianza, la intimidad, la comunicación, el afecto y el conocimiento mutuos. Dichos adolescentes difieren de los autóctonos en el valor otorgado al tiempo libre y de ocio, así como en el tipo de actividades en las que ocupan estos tiempos, lo cual es un buen indicador de las socializaciones diferenciales de unos y otros. Tan sólo el establecimiento de una comunicación sostenida en el ámbito de las relaciones de amistad en el interior de los grupos de iguales, permite la aproximación de los jóvenes en la práctica de los tiempos de ocio, y en su organización y consumo, al estatus de ciudadanos.

Palabras clave: adolescentes; amistad; grupo de iguales; prácticas de ocio; música.

Abstract. *Friendship and leisure, teenage children of immigration*

Teenagers children of immigration understand friendship as a system of relations. The friendship, which they consider true friendship, means for them to engage in long-term relationships based on trust, intimacy, communication, affection and mutual understanding. Teenagers differ from the locals on the value given to free time and leisure, as well as the type of activities in which take up these moments which is a good indicator of the different socializations of these groups. Only the establishment of a communication supported in the field of friendship relations within the peer groups allows the approximation of teenagers in leisure time (also its organization and consumption), the status of citizens.

Key words: teenagers; friendship; peer group; leisure; music.

Sumario

Los espacios y los tiempos de relación y ocio adolescente	Prácticas de ocio y estilos de vida adolescente
Las relaciones de amistad. Las verdaderas amistades	Referencias bibliográficas

Entendemos¹ de *adolescentes* y no de los adolescentes, y entendemos de *adolescencias* y no de la adolescencia, pese al uso indiscriminado de un término u otro, por eso no nos atrevemos a generalizar sobre los adolescentes hijos de la inmigración, como se muestra en ciertos trabajos sobre redes de relación, donde siempre se toma a estos como sujetos desbordados por la identidad étnica, cultural o religiosa de los grupos familiares de pertenencia y donde su individualidad y personalidad están subordinados a la adscripción identitaria de sus familias o grupos familiares.

Se trata de ver cómo se ven a sí mismos los adolescentes procedentes de familias inmigradas, es decir, cómo se describen, cómo cuentan su vida y qué lugar ocupa en esa descripción su «identidad étnica». Como es de esperar, la forma en que se construye esa identidad depende mucho del nivel de aceptación o de rechazo que estos adolescentes sienten hacia la cultura mayoritaria, del que notan que existe en su familia o comunidad étnica (si es que la tienen) y de cómo perciben que es su pertenencia a esa comunidad (si es compatible o no con la pertenencia a la cultura mayoritaria) y/o de cómo valoran de necesaria esa pertenencia y la relación con personas de otros grupos o culturas.

Nuestra consideración es que hay adolescentes con fracasos en su inserción social, quizás por los débiles vínculos establecidos entre sus grupos familiares y la sociedad mayoritaria, o quizás por la autoadscripción o imposición de los rasgos identitarios de sus grupos familiares, pero nuestra consideración también es que hay adolescentes que combinan con éxito su adscripción a las redes de relación familiares con su inserción en la sociedad mayoritaria, precisamente a través de los grupos de iguales, con los que comparten otros rasgos distintivos y otras formas de identificarse y de relacionarse con el mundo (Feixa, 2006).

Y también, como ocurre entre muchos adolescentes (llamémosles «autóctonos»), que forjan su identidad en oposición a los rasgos culturales de su familia, hay, entre los hijos de la inmigración, una rebelión frente a situaciones que les vienen impuestas por unos (familiares) o por otros (entornos sociales), y que participan más de lo que ocurre en el interior de los grupos de iguales donde se sienten integrados, que de otros ámbitos de relación donde se habían encontrado hasta la llegada del periodo adolescente.

Es en el entorno del grupo de iguales donde los adolescentes interaccionan tratando de expresar aquellos elementos que suponen su identificación como individuos únicos, con una personalidad apropiada al estatus de que gozan en el interior del grupo o de los grupos donde mantienen sus relaciones (Fize, 2007). Porque es en el interior de los grupos de iguales donde alcan-

1. Las observaciones y reflexiones aquí expresadas se basan en los datos procedentes de ciento dieciocho entrevistas abiertas realizadas a adolescentes residentes en diferentes ciudades de España, de entre 16 y 19 años, cuyos padres son de varios orígenes nacionales (África, Asia, Europa y América), y cuya realización se enmarcó en el proyecto *Identidades en construcción: Estudio de los procesos de adaptación cultural de los adolescentes procedentes de familias inmigrantes* (Plan Nacional I+D, SEJ 2004-02006/SOC. Ministerio de Educación y Ciencia).

zan el nivel de comprensión y aceptación de todos los cambios que, como individuos en formación, se van a producir en esos años. Así, la construcción de la identidad adolescente se lleva a cabo a través de procesos de mediación e intervención del otro, o de los otros, que en sí mismos son significativos gracias a la relación dialógica que se establece entre adolescentes (Giró, 2007).

Los adolescentes, al pertenecer o adscribirse a diferentes grupos de pares, eliminan toda posibilidad de rechazo o exclusión, pues la certidumbre de que ser aceptado por el grupo de amigos es una ventaja social inestimable (tanto para el crecimiento personal como para el desarrollo de la autoestima²), es muy superior a la seguridad que se puede hallar en el mundo de los adultos, principalmente de los padres.

Elzo (2000) se apoya en datos de encuestas muy reveladoras para definir el grupo de amigos como «espacio privilegiado de la socialización». Por ello, la relación con el grupo o los grupos de amigos es de suma importancia para los adolescentes, pues convierten la adolescencia en una sucesión de relaciones. Los amigos se consideran imprescindibles en este proceso de crecimiento y desarrollo personal. A esto se suma que pasan más tiempo fuera de casa, con los amigos, con lo cual convierten el grupo en el lugar de encuentro donde compartir y hablar de aquellos asuntos que no comentan o realizan con los padres, como la práctica deportiva, su vida afectiva y sexual, el consumo de alcohol y drogas, o lo que hacen las noches de fin de semana y fiesta.

Entre los adolescentes hijos de la inmigración, la pertenencia a un colectivo de iguales no invalida la adscripción o pertenencia a otros colectivos, pues son todos los adolescentes sin distinción los que buscan y encuentran en cada grupo espacios donde construir y reconstruir su identidad a partir de la similitud con los otros componentes del grupo. La identidad por similitud permite recrear la distancia y desmarcar los límites entre las pandillas de adolescentes³ y entre éstas y los adultos. No obstante, allá donde el medio es mayoritariamente de inmigrantes, los menores dicen tener principalmente amigos extranjeros, de países del entorno en que nacieron, como si se tratara de una fratría cosmopolita (sobre todo entre estudiantes latinos de generación 1,5); pero

2. Melisa L. Greene y Niobe Way, 2005.

3. Porque, ¿quiénes son los adolescentes hijos de la inmigración?, ¿quiénes son estos mal llamados «inmigrantes de segunda generación»? La respuesta es múltiple: podemos hablar de un número considerable de chicos y chicas nacidos aquí, aunque hijos de inmigrantes. También de un número considerable de chicos y chicas nacidos en el país de origen de sus padres, pero que llegaron a España muy pequeños (con menos de diez años) y, por tanto, apenas han conocido otro entorno socializador que el de la sociedad de acogida de sus padres (generación 2). También nos referimos a los llegados con más de diez años (generación 1,5) por efecto de los procesos de reagrupamiento familiar. Finalmente, están los grupos de chicos que efectúan la aventura migratoria solos (generación 1), y sin otra acogida que la calle o los centros de internamiento de menores. Por otra parte, si a esta clasificación unimos la que se desprende del sexo, la edad, la actividad principal y el origen nacional, obtendremos la muestra aleatoria con la que se ha construido el discurso de los adolescentes hijos de la inmigración.

si el medio no es mayoritario y está abierto a otros jóvenes autóctonos, los menores gozan de la amistad de los españoles, generalmente conocidos a través del instituto o de amigos de los barrios, que los presentaron a su vez como en una cadena de relación intercultural.

Funes (2000) señala que difícilmente hay adolescencia sin grupo, sin colectivo de pertenencia y relación, y añade que esa adolescencia posible tiene que ver con los grupos con miembros de la misma edad a los que tengan posibilidades reales de pertenecer, con los que tengan posibilidades de sentirse entre iguales, posibilidades de compartir estilos de vida y solidaridades emocionales. Solidaridades emocionales, por ejemplo, en cuanto se refiere a costumbres, modos de pensar y, sobre todo, en cuanto hace referencia al recuerdo, es decir, a los recuerdos de infancia en el país de origen. Al compartir esos recuerdos de infancia con otros coetáneos y compatriotas, el adolescente está organizando sus vínculos en destino a partir de sus vivencias en origen.

En el periodo de iniciación adolescente, el grupo de iguales que conforman las cuadrillas está integrado principalmente por personas del mismo sexo, no necesariamente del mismo origen nacional (aunque sí del mismo origen regional —latino, magrebí, de Europa del Este, etc. —), sino más bien de carácter mixto y pertenecientes a un mismo espacio de interrelación, sea este el centro educativo o el barrio. Así, la hoja de ruta que se sigue en la organización del grupo de amistad o de relaciones de amistad puede comenzar en el aula, para, a través del conocimiento de la persona, llegar al conocimiento de los colectivos con los que se relacionan esos adolescentes, de este modo se amplía el grupo inicial de amistad de un adolescente con el nuevo grupo de amistad al que pertenece la nueva relación adolescente.

Durante el periodo de la adolescencia, la mayoría se percibe a sí mismo en función del otro, o de los otros que conforman la pandilla, de cómo los ven, los identifican y los recrean. Es un periodo de permanente recreación identitaria, principalmente a través de rituales y actividades que se llevan a cabo en el tiempo de ocio (Camacho y Comas, 2003). De este modo, las actividades de ocio que comparten con sus iguales sirven para adquirir esas señas de identidad específicamente adolescentes que ofrecen reconocimiento y estima. Además, no tratan de reunirse con un pequeño y selecto colectivo de pares, sino de relacionarse entre ellos en grupos numerosos (de más de diez amigos) y con características afines para establecer relaciones más estables e intensas. De este modo, el adolescente tiene el grupo de amigos de clase o del instituto, los amigos del barrio, los amigos del trabajo, los amigos de las vacaciones, los amigos del fútbol o de cualquier otro deporte, los amigos que se dejaron atrás, etc.

Los espacios y los tiempos de relación y ocio adolescente

El grupo de pares o amigos es el espacio de relación interpersonal donde los adolescentes conforman y aprenden aquellos roles necesarios para el desenvolvimiento social. En el seno del colectivo tribal (tribu), los adolescentes descubren la importancia de su pertenencia o adscripción, pues el grupo o los

grupos son quienes proporcionan un escenario social, un territorio propio en el que sus miembros experimentan la interconexión con otros y pueden representar el rol que corresponde a la identidad que han adoptado en el interior del grupo.

Por otra parte, los adolescentes buscan sacudirse los elementos de protección familiar, que, en el momento de construir su identidad, suponen una rémora insoportable para sus demandas de independencia, salvo que los rasgos primordiales de toda identidad, sea ésta étnica, cultural o religiosa, acaparen los intereses del adolescente en la construcción de su personalidad social de acuerdo con su grupo familiar.

Los adolescentes, en el desarrollo de su identidad, demandan un espacio propio, un lugar donde autoafirmarse demostrando y poniendo a prueba sus capacidades; y el mejor ámbito para poner a prueba las mismas es entre sus iguales, aunque esto traiga consigo alternancia en los resultados obtenidos. Así, aparecen los estados de ánimo y emocionales de modo cambiante, fluctuante, dependiendo del éxito de los ensayos⁴.

Un espacio cultivado por los adolescentes extranjeros, aparte del obligado por la asistencia a las aulas, es el espacio deportivo, el de las canchas de juego colectivo, porque es en estos lugares donde la presencia y la aceptación de los menores extranjeros viene determinada en muchas ocasiones por las necesidades y los reglamentos de los juegos que implican la concurrencia de un cierto número de adolescentes, y es precisamente ese primer contacto el que sirve de inicio a relaciones posteriores que se fundamentarán en la amistad, una vez el juego les ha permitido conocerse.

El ámbito de los centros educativos es el principal espacio de relación de los adolescentes hijos de la inmigración (De Miguel y Carvajal, 2007). Es el espacio donde inician y conforman sus relaciones de amistad y donde se les proporciona la base desde la que se organizarán en grupos con los que llevarán a cabo todo tipo de actividades, y sólo en segundo y tercer lugar se encontrarían el barrio y los centros de trabajo como espacios de relación. Esto, pese a que los adolescentes hijos de la inmigración no sólo estudian, sino que también trabajan. No todos simultanean las dos actividades, pero sí se encuentran en disposición de acometerlas según sea el imperativo familiar. De hecho, se puede aventurar que la perspectiva familiar es que se inserten en el mercado laboral en cuanto la edad se lo permita, e incluso que, durante su estancia obligatoria en la escuela, simultaneen sus estudios con actividades laborales ligadas al entorno doméstico que, en definitiva, redunden en beneficio del grupo familiar. Del mismo parecer es Fernández Enguita (2003: 253), cuando señala que el destino de la población inmigrante no es sólo la escuela, sino también el trabajo. Lo es para todos los jóvenes, pero, antes que para los autóctonos, lo es para los inmigrantes que proceden de países y culturas en los que la

4. «Sin amigos no puedo vivir. Si están aquí, puedo vivir aquí sin nada. Si no están aquí, no me gusta España» (chico moldavo, generación 1,5, estudiante).

transición a la vida activa y adulta tiene lugar antes, sus familias necesitan con urgencia los ingresos que puedan proporcionarles, su experiencia y su rendimiento, apoyan menos la promoción y es probable que, en todo caso, su propósito sea ganar dinero lo antes posible.

También el conocimiento sobre la ocupación del tiempo nos proporciona un marco de referencia para el análisis de las relaciones de amistad; sobre todo el tiempo libre, que representa para adolescentes y jóvenes un importante ámbito de socialización, en el que se generan y transcurren gran parte de sus relaciones de amistad y de expansión social. El tiempo libre se puede considerar el medio necesario a través del cual los adolescentes desarrollan sus propias expresiones y estilos de vida.

Sin embargo, tiempo libre no es tiempo de ocio, como nos muestra el concepto escriturado en el *Diccionario de la Real Academia Española*, que define el ocio como el tiempo libre fuera de las obligaciones y las ocupaciones habituales. No obstante, utilizar en toda su extensión el concepto de ocio requiere que establezcamos algunas diferencias entre tiempo libre y tiempo liberado (Cuenca, 1998). El tiempo libre es el que no está sujeto a obligaciones. En este tiempo, se realizan una serie de actividades que no son estrictamente obligaciones, aunque de algún modo son de imprescindible cumplimiento, tales como las tareas domésticas cotidianas, los desplazamientos, las compras, etc. Si al tiempo libre le restamos el tiempo dedicado a estas actividades, identificamos el tiempo liberado, que es el que tenemos realmente para el ocio, ya que es cuando realmente podemos elegir libremente las actividades que queremos realizar. El ocio, por tanto, surge cuando se realizan las actividades satisfactorias y gratificantes que posibilita el tiempo liberado de forma libre, decididas por uno mismo y gestionadas autónomamente.

Ahora bien, el transcurso del tiempo y su utilización se divide principalmente entre dos actividades fundamentales: las obligatorias y las ociosas. La actividad obligatoria fundamental de los estudiantes es el estudio, mientras que la de los trabajadores es el trabajo, y sólo en ciertos casos son ambas actividades. Por otra parte, y al igual que en otras investigaciones sobre el empleo del tiempo (Aguinaga et al., 2005), no se aprecian grandes diferencias en cuanto a la cantidad de tiempo que queda disponible entre los que estudian y trabajan. De este modo, estudios o trabajo, según sea la ocupación principal de los adolescentes, constituyen las obligaciones por excelencia.

Otra cuestión bien diferente es la del tiempo libre y el tiempo ocioso, donde las diferencias vienen establecidas a partir de la influencia familiar sobre los menores, es decir, a partir de la cultura familiar y sus patrones de socialización. El origen nacional de las familias es un imperativo fundamental en la ocupación del tiempo libre por parte de los adolescentes. Se manifiesta a través de las diferencias y tensiones que estos últimos establecen entre el aquí y el allí, como parte de una división entre la realidad abandonada de la niñez y la nueva realidad a la que se enfrentan, la cual es dotada de componentes morales que van desde el ser al deber ser. Es como si el allí, o lo que se supone que son valores morales que rigen el comportamiento de los adolescentes en los países de ori-

gen, fuera más estrecho y restrictivo en cuestiones de ocupación del tiempo libre y de ocio, de salidas de casa y del entorno familiar, así como de horarios de vuelta al domicilio. De este modo, el aquí, es decir, la residencia en España y fuera del ámbito familiar, se dotaría de componentes que expresarían libertad y permisión⁵. Aunque no siempre es pertinente establecer una clara separación entre un aquí y un allá dado, ya que, por un lado, muchos imaginarios no tienen, por decirlo de algún modo, territorialidad, debido a que se construyen en el espacio global en el que hay circulación de contenidos simbólicos, conceptuales y axiológicos desterritorializados, y, por otro, las percepciones de un aquí y de un allá se confunden, se mezclan, lo cual imposibilita una clara distinción (Feixa, 2006: 104).

Los adolescentes reparan en el entorno familiar de su niñez, sobre todo los de generación 1,5 que fueron socializados en las sociedades de origen, y en los que la impronta de las familias y las redes familiares era superior a la concedida en la sociedad de acogida (donde otras instancias referenciales comparten protagonismo en el proceso de socialización adolescente, principalmente los grupos de iguales), y lo idealizan o lo reconstruyen de modo que el pasado adquiere valores primordiales y se constituye en referentes sobre los que establecen comparaciones. El vínculo (emocional y estructural) con la tierra madre se mantiene y se refuerza (Feixa, 2006: 136).

En la sociedad de acogida, los valores que rigen se movilizan de forma distinta a la hora de juzgar los efectos de las actividades realizadas en el tiempo de ocio. El salir por ahí se opone al quedarse en casa, pese a que la intencionalidad en ambos casos sea la realización de la fiesta. Y se opone porque el juicio que se emite en la sociedad de acogida sobre una u otra actividad está en una relación inversa al juicio que se emite si se piensa desde la sociedad de origen. De este modo, para los adolescentes latinos, la opción de reunión en una casa en vez de salir por ahí es una invitación a todos (sin diferenciar edad, sexo y lugar de origen) para beber, oír música, bailar y pasárselo bien⁶. También para los adolescentes subsaharianos la reunión en casa de familiares es un acto de fiesta, pues todos ellos son o conforman su principal red de amistad.

En este sentido, los adolescentes hijos de la inmigración difieren de los autóctonos en el valor otorgado al tiempo libre y de ocio, así como en el tipo de actividades en las que ocupan estos tiempos, lo cual es un buen indicador de las socializaciones diferenciales de unos y otros. Tan sólo el establecimiento de una comunicación sostenida en el ámbito de las relaciones de amistad en el interior de los grupos de iguales, permite la aproximación de los adoles-

5. «Aquí es más permisivo todo. Aquí salen muy jóvenes y con quince años ya se ven que están por ahí» (chica europea, generación 1, estudiante). «Aquí hay más libertad en ese sentido» (chica ecuatoriana, generación 1,5, trabajadora). «Aquí tienes más libertad para poder salir por ahí con tus amigos y poder pasártelo bien» (chico colombiano, generación 1,5, estudiante).
6. «[...] pero aquí no, aquí si colocas la música ya te llaman la policía y no te dejan montar ni una fiesta ni nada...» (chico latino, generación 1,5, trabajador).

centes en la práctica de los tiempos de ocio y en su organización y consumo, al estatus de ciudadanos, pues, como muy bien señala Ruiz Callado (2005: 291), la reflexión en el ámbito del ocio y el tiempo libre puede comenzar con el planteamiento del papel del ocio y del grupo de pares en los procesos de aprendizaje de la ciudadanía y, por tanto, en uno de los campos clave de la integración del joven inmigrante en la sociedad de acogida. Las prácticas de ocio son, sin duda alguna, los lugares por excelencia de la hibridación cultural; aquellos en donde los cruces entre lo global y lo local se hacen más visibles y dan lugar a combinaciones particulares extremadamente reveladoras de la singularidad de las culturas juveniles. Así, junto con la familia, el grupo de pares constituye el principal agente de socialización de los jóvenes. Grupos de pares en cuyo interior los adolescentes adquieren los rudimentos básicos para el ejercicio de la ciudadanía, y cuyo desarrollo se puede analizar a partir de las características y las transformaciones de espacios y prácticas de sociabilidad, como también atendiendo al desarrollo de pautas y estilos de consumo juvenil generados desde los grupos y las redes de amistad en que se inscriben los adolescentes hijos de la inmigración.

En la actualidad, tanto el uso del tiempo como de los espacios de ocio y las prácticas de sociabilidad, constituyen un nuevo factor diferenciador entre autóctonos y extranjeros que se manifiesta a través de las pautas de comportamiento de unos y otros, pese a que algunos adolescentes (de cualquier procedencia), los menos, han comenzado a asimilarse a las pautas de ocio de los otros adolescentes (los autóctonos), con lo cual se establece un intercambio de modalidades de actividades ociosas, sin que esto configure un verdadero diálogo intercultural, y pese al poder homogeneizador y universalizador que poseen la música y el baile.

Las relaciones de amistad. Las verdaderas amistades

En el Informe Juventud en España 2004, se dice que las relaciones de amistad entre jóvenes extranjeros y autóctonos son distintas: distintas por extensión, por intensidad, por las funciones que se atribuyen a esas relaciones y por el ámbito donde se dan esas relaciones entre iguales. Los jóvenes extranjeros parecen tener un círculo más limitado de amistades que los españoles: si el 93% de éstos señalan que tienen amigos íntimos o amigos de verdad y conocidos, para los extranjeros esa proporción es del 71%, porque casi una cuarta parte dice que solo tiene un círculo (pequeño) de amigos. Y la consideración de los jóvenes extranjeros sobre la extensión de sus verdaderas amistades se hace igualmente patente cuando remarcan el hecho de que los amigos de verdad, es decir los amigos íntimos, de toda la vida, con los que puedes contar, son muy pocos («son cuatro»), frente a los otros, los de salir y tomarse una copa, los colegas, los del trabajo o del estudio, los conocidos («los que sobran»). Se asume que los buenos amigos no son fáciles de encontrar pero se pueden elegir, mientras que a los compañeros o a los colegas no los puedes elegir, se te dan sin más.

Los adolescentes entienden la amistad como un sistema de relaciones. La amistad, la que consideran verdadera amistad, significa entablar relaciones duraderas basadas en la confianza, la intimidad, la comunicación, el afecto y el conocimiento mutuo. En general, los chicos y las chicas adolescentes manifiestan sentirse muy satisfechos con sus amigos, pues con ellos comparten sueños y esperanzas y planifican y realizan actividades. Para la mayoría, la amistad es honesta y se envuelve en intensos sentimientos, porque⁷ «son gente que te ayuda, gente muy buena, gente que sabes que con ellos puedes contar; y eso en realidad es importante, por que no te ve por lo que eres o por lo que tienes, o porque eres de allá, sino por tu forma de ser, por lo que tú das».

Durante la adolescencia, se valora a los amigos principalmente por sus características psicológicas, y por ello los amigos son las personas ideales para compartir y ayudar a resolver problemas psicológicos como pueden ser la soledad, la tristeza y las depresiones, entre otros. Los adolescentes consideran las amistades como relaciones sociales que se construyen a lo largo del tiempo y perduran. Por tanto, podemos decir que la amistad en este periodo adolescente ayuda a tomar conciencia de la realidad del otro, con lo cual se colabora en la formación de actitudes sociales.

A fin de entender mejor la existencia de grupos de amistad entre los adolescentes hijos de familias inmigrantes, vamos a realizar una operación de desagregación de las respuestas obtenidas de los adolescentes entrevistados según su procedencia, generación y sexo. Empezando por los procedentes de Latinoamérica, donde hay una mayoría de adolescentes nacidos allí pero traídos a España con al menos diez años (generación 1,5), hemos podido observar que, de forma abrumadora, destacan como sus mejores amigos a los de origen latino, principalmente de su mismo origen nacional (Kao y Vaquera, 2006). No importa si estos residen o no en España, pues en la consideración de «verdadera» amistad se encuentran aquellas relaciones que se iniciaron en la niñez, en las localidades de origen, en los barrios donde jugaron y donde compartieron las primeras alegrías y satisfacciones y, porqué no, las frustraciones.

Hay como una imperiosa necesidad de sentirse arropados por los suyos, que no son sólo los de su edad, sino que son los de su edad y cultura, o al menos de la cultura de sus padres, con la que resulta más fácil identificarse, bien sea porque la piel y los rasgos así les identifican, o bien porque los otros, los adolescentes hispanos, españoles y gallegos, les separan y les identifican como distintos. Porque cuando se les inquiere a estos adolescentes sobre si sus amigas o sus amigos españoles son «verdaderos» amigos, siempre resaltan que las verdaderas amistades son muy pocas, escasas, con lo cual demuestran que hay más confianza con los suyos que con los españoles. Confianza que se muestra no sólo en la frecuencia de la comunicación, sino también en la intensidad de ésta.

La confianza, guardar un secreto, ayudar en las necesidades, asistir en las demandas de todo tipo y en cualquier circunstancia es visto como propio de la

7. Chica latina, generación 1, trabajadora.

verdadera amistad; mientras que el «salir por ahí» con las amigas o los amigos, el trato en los centros de estudio o deportivos es el indicio de la amistad circunstancial que no es indicativa de verdadera amistad, que, por supuesto, se reserva para los próximos, los cómplices de una relación que, por lo general, se inició en los países de origen y que ni siquiera la distancia logra apagar, como demuestra la frecuencia y la intensidad de la comunicación sostenida a través de los medios telemáticos (Internet, chat, Messenger) y de telefonía móvil. La verdadera amistad se encuentra en la confianza del otro o los otros, aspecto por el que no destacan precisamente los adolescentes autóctonos, más dados a ser considerados, en su opinión, como amigos de circunstancias, es decir, conocidos principalmente a través de los centros educativos, colegios e institutos.

Por otra parte, y a pesar de que son menos proporcionalmente (aproximadamente la cuarta parte de los entrevistados), los latinos que confiesan tener más amigos españoles que latinos de su mismo origen nacional o del de sus padres, son significativamente las chicas; y ya de modo residual están aquellos adolescentes latinos que, de manera ecléctica, no se manifiestan a favor de amistades con un origen nacional único o principal, sino que enlazan con una idea de amistad cosmopolita, o hacen medias entre españoles y latinos, lo cual apuntaría a estrategias distintas de integración. Es como si de sus respuestas se desprendiera un deseo de llevarse bien con todos; de situarse en una realidad diversa y cosmopolita que obliga a solidarizarse y a mantener relaciones con todo tipo de orígenes nacionales, posiblemente determinados por entornos educativos que muestran esta multiplicidad de realidades nacionales y con las que el adolescente entiende que debe convivir, relacionarse y compartir.

En un estudio sobre el futuro de España (Aparicio y Tornos, 2006), se indica que las redes de amistad en que se inscriben algunos adolescentes incluyen a coetáneos de familias españolas nativas casi tanto como a originarios de inmigrantes de sus mismos países, y no son escasos los emparejamientos llamados «mixtos» (hijos o hijas de inmigrantes con hijas o hijos de nativos). De este modo, la autoidentificación con su etnia de origen no suele ser duradera ni exclusiva. Los mismos jóvenes recalcan que la situación de los inmigrantes de su misma procedencia ya no es actualmente como la que encontraron ellos y sus padres. De hecho, en muchas ocasiones, son las propias familias quienes se encargan de que las redes de relación de amistad no malogren la perspectiva de un futuro basado en la integración en condiciones de igualdad con los autóctonos. Y es que las familias ejercen un control cada vez más difuso sobre los adolescentes para alertarlos sobre los peligros de la autoidentificación con los grupos étnicos o religiosos que no sean permeables a la penetración de rasgos culturales occidentales, considerados estos como expresión de autoctonía y, por tanto, de integración. No se trataría tanto de buscar la aculturación como de evitar la etnicización excluyente.

Saltando ahora de continente, de la América de habla hispana al África subsahariana, se puede constatar que las amistades incluyen a adolescentes de cualquier origen, lo cual demuestra que su capacidad de inclusión en unos u otros grupos es superior a su necesidad de identificarse con el grupo étnico, el

de género o el de edad. Esta certidumbre procede de las respuestas de los adolescentes y se dan tanto entre chicos como entre chicas, si bien es cierto que tampoco hemos podido constatar la existencia de redes de amistad, como ocurría entre los adolescentes latinos.

No sucede lo mismo entre los norteafricanos de origen magrebí, principalmente de Marruecos, donde casi al 50% encontramos respuestas afirmativas en torno a la amistad exclusiva o preferente con adolescentes marroquíes, sobre todo entre las chicas, que destacan no solo las cualidades personales de sus amistades, sino también la cercanía y el carácter de las mismas (fraternal), y el cúmulo de circunstancias que las reúnen, como la amistad antecedente de los progenitores, la asistencia al instituto y a la mezquita, los viajes vacacionales y la proximidad residencial en Marruecos. También destacan porque sus verdaderos amigos, los que forman parte de su red de amistades, incluyen siempre a los miembros de su familia, sobre todo a los consanguíneos (primos y primas).

En ocasiones, resulta que, en la elección de las amistades, interviene de manera eficaz el control que ejercen las familias, no solo por la relación antecedente de amistad entre progenitores o por la existencia de lazos familiares de relación consanguínea, como hemos antedicho, sino también por la exigencia de conocimiento de cuanto se relaciona con el devenir y la existencia de los adolescentes. El sentido de respeto a las decisiones de los adultos impide a los adolescentes magrebíes a adoptar pautas de comportamiento de acuerdo con sus exigencias y, en este sentido, los marcadores religiosos suelen ser imperativos.

La otra mitad de las respuestas dadas por los adolescentes marroquíes nos indica una verdadera diversidad de situaciones en las que se establecen las relaciones de amistad, desde la existencia de amigos o de redes de amistad con españoles, marroquíes y latinos indistintamente, hasta los que señalan en algunos casos a sus amigos como los de «clase, compañeros», o bien dicen que tienen «pocos amigos». Finalmente, están los adolescentes nacidos aquí o traídos de muy pequeños que se muestran abiertamente por sostener la amistad principalmente con autóctonos.

En definitiva, para la mitad de los adolescentes marroquíes (principalmente entre las chicas) sus verdaderos amigos son los de procedencia marroquí, donde incluyen a miembros próximos y consanguíneos de la familia. En este sentido, la familia es el ámbito de relación que procura o señala las amistades convenientes a la naturaleza y al género de los adolescentes; mientras que para la otra mitad, las amistades, las verdaderas amistades, se reparten entre todo tipo de orígenes nacionales, entre las cuales sobresalen las españolas, quizás debido a los años de estancia en nuestro país y también a causa de los espacios de relación donde el ámbito escolar predomina sobre el familiar.

Si nos situamos en el continente europeo y diferenciamos entre países occidentales y países del Este, observamos que entre los primeros hay bastante unanimidad al señalar a los españoles como sus principales círculos de amistad, si bien es cierto que la mayor parte de los entrevistados son españoles retornados. En cambio, entre los adolescentes de países del Este europeo, encontra-

mos porcentajes similares entre los que señalan que sus principales amigos son del país de origen, los que señalan a los adolescentes españoles y los que tienen igual número de amigos entre los españoles y los de otras procedencias.

Finalmente, y saltando nuevamente de continente, entre los adolescentes llegados de Pakistán no hay más relaciones de amistad que las que se dan y se originan en el seno de su mismo grupo nacional, aspecto que coincide con las relaciones sociales mantenidas por sus familias, las cuales conforman reductos étnicos insertos en lo que para ellos es más una sociedad multicultural que una sociedad plural y diversa. No obstante, ocasionalmente, se dan algunos casos de adolescentes nacidos aquí, de padres pakistaníes, que muestran con orgullo que sus amigos son españoles como ellos.

Las relaciones de amistad manifiestas en el seno de los grupos de iguales, sean estos de carácter mixto o de un mismo sexo, constituyen el espacio necesario para realizar el intercambio de mensajes en los que se expresan todo tipo de afinidades, emociones, sentimientos y deseos, y donde se experimenta una sexualidad de la que no se posee más que información diferida desde el mundo adulto, del que, por cierto, el adolescente trata de distanciarse buscando, a través de la experimentación, no siempre resguardada del peligro, la satisfacción de sus necesidades básicas. Precisamente los adolescentes extranjeros demuestran cierta precocidad que les impele no solo a mantener relaciones sexuales anticipadas a la media de edad generacional⁸, sino también su primera experiencia sexual. Y es que la precocidad sexual de los latinos forma parte del universo mítico cultural con el que se les ha investido.

Por otra parte, la autonomía afectiva respecto a la familia es otro de los fundamentos demandados en la adquisición del estatus de joven; un estatus que se caracterizará, entre otros parámetros, por la asunción de diferentes modalidades de expresión de los afectos, principalmente a través de las relaciones de pareja. Sin embargo, los adolescentes tomados como grupo de edad no disponen de las mismas condiciones a la hora de adquirir esa autonomía en la expresión de sus afectos ni en la apertura a experimentaciones de su sexualidad en el ámbito de las relaciones de pareja. A este respecto, hay que señalar que una condición fundamental para el logro de dicha autonomía procede del tipo de relaciones de género asumidas en el seno de la familia, pues no es usual que la libertad otorgada a los varones se dé por igual a las mujeres; o que el control ejercido por las familias sea el mismo en los países de origen que en la sociedad de destino, donde los imperativos culturales tienden hacia la igualdad formal de los géneros.

Otra de las condiciones que enmarcan la autonomía afectiva de los adolescentes es la relativa a la cultura de procedencia familiar, pues no es igual

8. Los jóvenes extranjeros han mantenido su primera relación sexual completa a una edad más temprana que los españoles: 17,2 años frente a 17,7. Incluso el 13% de los jóvenes extranjeros (y el 10% de sus parejas) han vivido esa experiencia con menos de 15 años (lo que ocurre con el 5% de los españoles y el 3% de sus parejas) (*Informe Juventud en España 2004*, parte VI: «Inmigrantes jóvenes en España», 90).

hablar de chicas latinas que de chicas musulmanas. El control de unas y otras familias ejercido sobre las adolescentes está regulado por imperativos culturales y religiosos que, en la práctica, asumen todos los miembros de la unidad familiar, pese a los cambios que necesariamente se dan al encontrarse lejos del control social que se imponía en las sociedades de origen.

Otra cuestión no menos importante es el ámbito en el que se organizan las relaciones de pareja, pues si bien hemos determinado que éstas son básicamente originadas en los grupos de iguales, el conocimiento y la pertenencia a los mismos vendrá determinado, tal y como hemos puesto de manifiesto al hablar de relaciones de amistad, por el origen nacional de los padres de estos adolescentes, pues si bien destacan los centros de estudios como lugar por excelencia para el establecimiento de relaciones con los grupos de iguales y la adquisición del estatus de miembro de los mismos, también el barrio, la familia y ya menos los centros de trabajo son ámbitos en los que se promueven las relaciones entre iguales, que, organizados o no en grupos, permiten la elección de pareja, la manifestación de afectos distintos a los de la amistad y la experimentación y la práctica de la sexualidad.

Prácticas de ocio y estilos de vida adolescente

Si atendemos a los gustos y a las prácticas de ocio de los adolescentes hijos de familias inmigrantes en relación con los adolescentes autóctonos, observaremos que, pese a disponer los primeros de una mayor relación y vinculación familiar, sin embargo existe una menor dependencia y un control más eficaz. El dato más incisivo es que la estancia o permanencia en el domicilio familiar no es una obligación o una carga, sino un lugar y un espacio donde se pueden realizar actividades ociosas y en compañía (por ejemplo, bailar o escuchar música, beber o comer, ver la televisión o leer). Tampoco es necesario esperar la llegada del fin de semana para salir, pues no se siente como necesidad.

A tal efecto, muchos adolescentes declaran que se encuentran a gusto en sus casas y no salen por ahí. Además, a causa del trabajo semanal de los adultos, tan sólo es durante el fin de semana cuando pueden estrechar su relación familiar y profundizar el contacto y la comunicación a través de actividades propias o implícitas en la vida hogareña, desde ayudar en las faenas domésticas hasta cocinar alimentos y principalmente consumirlos en compañía de los parientes. Son hábitos que impregnan estilos de vida. También las diferencias sobrevenidas entre la población adolescente por la distinta condición socioeconómica de las familias inmigrantes, les anima a recrear estilos de vida de bajo consumo ocioso, el cual, y a imitación de los lugares de origen, se practica con asiduidad en los domicilios familiares o entre los miembros de la comunidad amplia de origen.

Sin embargo, un determinante fundamental viene constituido por el género, pues la relativa libertad de los chicos se encontraría en oposición al control familiar ejercido sobre las chicas, las cuales están sujetas a disposiciones más estrictas según sean los referentes socializadores de cada grupo familiar,

pese a que éstas, en contacto con la sociedad de acogida y las pautas de comportamiento exigidas a las jóvenes autóctonas, estarían transformando estos referentes basados en la desigualdad de género, y adquiriendo un nuevo estatus más participativo y próximo al ciudadano igualitario (Berga, 2006). En opinión de la posición resistente a la igualdad, los jóvenes autóctonos, tanto chicos como chicas, están *descontrolados de la familia* (toda la noche fuera de casa), y ellas presentan todavía más comportamientos de exceso (fumar, beber) que los chicos. Por el contrario, el modelo de ocio migrante habría optado por la *moderación* («salir y divertirse sin armar jaleo»), bajo el influjo de las enseñanzas de la familia tradicional. Para este sector, las chicas adolescentes migrantes deberían tener mayor control que los chicos, porque no pueden o no saben defenderse por sí mismas (consideración de menores de edad). Sin embargo, para el sector que apuesta por la igualdad, la misma situación de discriminación con las chicas estaría sucediendo en España (tanto entre los inmigrantes como entre los autóctonos), y en los países de origen, por lo que la desigualdad es generalizable a pesar de la libertad que han ido consiguiendo las mujeres en ambos contextos (De Prada, 2005).

Básicamente, es la diferencia de contextos y ámbitos de relación donde llevar a cabo las prácticas y las actividades de ocio lo que motiva la percepción de que la realidad de los países de acogida está marcada por la libertad y el consumo sin tasa, frente a los lugares de origen, determinados por la limitación y la moderación en los consumos. La vida en la calle y en los espacios públicos abiertos tuvo una importancia decisiva en la socialización de niños y adolescentes en los países de origen que no encuentra parangón en la sociedad de acogida, donde la vida de los grupos de iguales se traslada a los centros de ocio, principalmente bares y discotecas. En el juego de las oposiciones, el allí idealizado se opone al aquí, que se juzga con la percepción del cambio y, en ocasiones, se tacha de positivo y en otras de negativo, en función de la satisfacción de las demandas de ocupación del tiempo libre y de ocio en compañía de los iguales; aunque para un mejor juicio es preciso reconocer la procedencia del adolescente, pues las socializaciones de los mismos en contextos originales diferentes marcan su percepción de la realidad.

Para los adolescentes marroquíes, todo está vinculado y transcurre o se produce en el país de acogida por oposición a lo que ocurre en su país de origen. Así, los horarios de fin de semana se han alargado y llegar tarde a casa no es tan extraordinario como en Marruecos; además, sus tutores tampoco les preguntan donde han estado a esas horas. Los jóvenes gozan de mayor libertad durante los fines de semana en la sociedad de acogida, pues pueden dar una vuelta por ahí o comer fuera de casa mientras sus padres van al cine. No obstante, echan en falta la libertad que tenían en la calle de sus lugares de origen como espacio de diversión, juego y compañía; no solo por los horarios («[...] hasta las once de la noche y aquí a las ocho de la tarde ya no hay nadie en la calle»), sino también por el débil control de las familias, que les permitía incluso realizar excursiones a otras localidades, actividad que aquí sería imposible.

En el caso de los adolescentes de la Europa del Este ocurre lo contrario, pues relacionan el allí con controles familiares muy estrictos que circunscribían el espacio de la calle al conjunto de bloques de viviendas donde residían. Para los mismos, el aquí de la sociedad de acogida es donde los controles se relajan o no existen y, por tanto, tienen más libertad para llegar tarde a casa, para ir a discotecas e incluso para decidir su aspecto exterior.

Por su parte, los adolescentes paquistaníes están habituados en su tiempo libre a salir todos los días con sus amigos de Pakistán, bien para jugar en actividades deportivas de equipo o en juegos de ocio como el billar, pero en lugares y espacios delimitados por el barrio. Sólo el sábado por la noche se les presenta la ocasión de salir fuera del barrio con los amigos, generalmente a pasear y a veces a ver, contemplar y observar a las chicas, pues entre ellos es difícil que se constituyan grupos mixtos de amistad.

Por último, los latinoamericanos hablan del allí como un lugar donde la calle es el espacio determinante de actividades y relaciones y, por tanto, se opone al aquí, donde la calle es un espacio, no para estar, sino para ser atravesado. Un espacio en el que no se concentran las amistades, sino que se distribuyen impidiendo la cercanía⁹. Por esto, también indican que una de las actividades preponderantes en los países de origen era la celebración de fiestas por cualquier motivo y en cualquier ocasión, desde los fines de semana hasta los cumpleaños, en los domicilios y las casas particulares, que se veían obligadas a organizar la música y el baile. Cuando llegaban los fines de semana, el lugar donde se reunían para la fiesta era la casa o la vivienda de uno de los integrantes del grupo de iguales y la excusa podía ser un cumpleaños, lo cual ya era motivo suficiente para la llegada de casi todo el barrio. El grupo de amigos quedaba por la víspera con el fin de organizar el fin de semana y conocer el lugar de la cita, el lugar donde se celebraría la fiesta y donde comerían, beberían, oírían música y bailarían.

Por esto, la percepción de los adolescentes latinoamericanos es que aquí hay menos comunidad, menos relaciones comunitarias que impiden la realización de este tipo de fiestas en una casa o vivienda. Aquí se ha originado un nuevo estilo de vida, un estilo de vida generado por costumbres y actividades propias de la sociedad de acogida, pero donde aún no se ha perdido aquello que muchos adolescentes consideran propio de la identidad de sus lugares de origen: la música y el baile. Pese a esta consideración esencialista, la impermeabilidad que exhibe la vida cotidiana de una buena parte de la población migrante a los ritmos estandarizados de la vida urbana y la burocracia escolar contrastan con la facilidad con que otras influencias penetran en sus gustos y en sus prácticas cotidianas. La permeabilidad llama más la atención por cuan-

9. «Allí estaba todo el día en la calle y andaba de un lado para otro, que hasta me tenían que mandar ir para casa. Y aquí estoy por la calle y ya me voy para casa yo antes de la hora. Porque me aburro muchísimo, aparte el sitio donde vivo que casi no hay chavales, y, claro, no puedo andar pagando buses para ir de un lado para otro» (chico latino, generación 1,5, trabajador).

to tiende a producirse en esferas de vida que son reductos de la expresividad de la etnicidad, como la celebración y la música (Calafat, 2003: 193). Y esto es cierto, en cuanto a la acomodación de estos adolescentes a los gustos generales de la juventud autóctona, que se da de modo global en la música pop y el rock, así como en los pasos de baile del *hip-hop* y el *break dance*. En este sentido, las nuevas culturas musicales que permiten el baile como el *break-dance* y el *hip-hop* están revolucionando el espacio adolescente. Es la ocasión propicia que rompe fronteras y líneas de demarcación y separación entre los jóvenes. Ello produce lo que supone un proceso de hibridación.

No son pocos los adolescentes que señalan la música como uno de los principales componentes de su identidad étnica («soy dominicana pura, porque la mayoría de dominicanos bailan, y yo soy una dominicana que baila todo, salsa, bachata, merengue, reggaeton, todo»), pues para ellos no hay un componente más definidor de su origen que la música y el baile (Morin, 2002). No obstante, la música que se acomoda a la juventud autóctona es también la música de estos adolescentes latinoamericanos, es decir, encuentran la acomodación de lo autóctono sin renunciar a lo identificador, como la *bossa nova*, la bachata o la cumbia. Para los adolescentes latinoamericanos, son ellos quienes, con la música, imponen su cultura en las sociedades de acogida, pues con ella viaja algo que es fundamental: el baile de los ritmos latinos. De este modo, el juego de oposiciones entre el allí y el aquí, entre la sociedad de origen y la sociedad de acogida, encuentra en la música y el baile un instrumento de hibridación cultural que introduce a los adolescentes en un espacio global donde finalmente se encuentran y se identifican (García Canclini, 2001; Terrén, 2007).

Sólo la música y el baile parece que pueden alcanzar ese objetivo identificador, ese espacio de encuentro común, pues la calle sigue siendo un espacio de oposiciones y las salidas de los fines de semana su concreción. Las salidas de fin de semana son la ocasión especial para los adolescentes autóctonos, que aprovechan para intensificar sus relaciones con el grupo de iguales a través de actividades rutinarias de diversión y fiesta, principalmente en bares y discotecas.

También en los países del Este europeo, si bien entre semana apenas se veían o estaban con su grupo de amigos, pues tenían que estudiar y se acostaban temprano (sobre las nueve de la noche), cuando llegaban los fines de semana, se reunían con los amigos en las discotecas desde las diez de la noche hasta las tres de la madrugada. Pese a estas costumbres, muestran sus diferencias con la sociedad de acogida, donde entienden que la inexistencia de espacios exclusivos de ocio para adolescentes promueve los hábitos trasnochadores de sus iguales. Espacios de ocio y centros de juegos que sí conocieron en sus países de origen y que estaban destinados a los adolescentes de diez a dieciséis años, donde acudían los viernes y los sábados para reunirse con sus amigos y pasárselo bien.

Entre los adolescentes marroquíes y pakistanés, resulta una actividad extraña las rutinas ociosas de diversión en bares y discotecas propias de los adolescentes autóctonos, pues cuando ellos acuden a un bar (y esto ocurre raras veces

y siempre lo hacen en compañía de los padres, puesto que es más usual acudir a las hamburgueserías o a los Telepizza) es para jugar al billar con sus amigos o a algún juego existente en el local, y no necesariamente para consumir bebidas. Cuando van a una discoteca con el fin de bailar un poco, lo hacen en grupo, y esto para ellos ya es salir, porque ir a las discotecas y emborracharse son cuestiones claramente contrarias a su modo de observar la diversión en compañía de los amigos.

En general, a los adolescentes extranjeros les gusta mucho menos que a los españoles salir de copas e ir a discotecas o a conciertos, y a esto se añade otra de las actividades más habituales de los jóvenes autóctonos: el consumo de drogas y alcohol. Las apreciaciones de los adolescentes de origen extranjero siempre discurren en dirección a la permisividad y libertad con que los adolescentes autóctonos realizan estas actividades. Para muchos adolescentes de religión musulmana, el consumo de alcohol o el botellón tienen la consideración del pecado y reconocen que, en sus países de origen, no se atreverían a entrar en su casa aunque solo olieran a alcohol, y mucho menos a emborracharse. Para algunos, salir no está mal, pero beber y emborracharse es una mala acción. Piensan que es mejor no salir con jóvenes que consumen sustancias y prefieren compartir sus momentos de ocio con personas que no fuman y no beben.

Sobre los adolescentes latinoamericanos, ya hemos comentado su gusto por las fiestas domiciliarias¹⁰, y pese a no dejar de comportarse los fines de semana como se espera de un buen latino (Canelles, 2006: 189), yendo a discotecas latinas donde hay música y baile de sus países de origen, destacan las diferencias entre los horarios de salida y vuelta al domicilio en la sociedad de acogida respecto a los horarios que se les marcaban en los países de origen. Así, si allí podían salir a las ocho o a las nueve de la noche y a las dos de la mañana estar de regreso («porque ya casi no había gente»), en España perciben que los jóvenes empiezan a salir a partir de las doce o la una de la madrugada y no vuelven hasta las siete o las ocho de la mañana. Es, por tanto, un cambio muy radical que les induce a pensar que aquí existe un mayor grado de libertad.

También para los adolescentes latinos el botellón es una novedad propia de los países occidentales y europeos. Se escandalizan con la visión de otros jóvenes autóctonos, principalmente chicas, en estado de embriaguez. Cuando reconocen que miembros de su comunidad o de su país de origen son alcohólicos, tratan de distanciarse como si fueran realmente un grupo especial, estigmatizado; incluso prefieren no relacionarse con ellos, pues relacionan el consumo de alcohol con la violencia o la agresividad.

Otra percepción que les obliga a distanciarse de los prejuicios asociados a sus lugares de origen es el consumo de drogas, principalmente entre los ado-

10. «Mayormente, allí hay menos control respecto a hacer una fiesta en una casa. Montábamos ahí, cerveza, de todo lo que sea alcohol, y a beber y a bailar y a disfrutar. Mayormente casi nadie iba a discotecas, eran muy buenas pero mucho dinero. Comprábamos alcohol para casa, y hasta las tres o las cuatro de la mañana» (chico ecuatoriano, generación 1,5, trabajador).

lescentes que provienen de países productores de cocaína o hachís. De hecho, reconocen que, en sus lugares de origen, se fuma marihuana y se consume cocaína, pero no del modo y con la frecuencia que observan ocurre aquí. Colombia, por ejemplo, es un país productor, mientras España es un país consumidor, y todos los adolescentes latinoamericanos, a pesar de reconocer la existencia de droga en sus países, consideran que es en España donde se consume más frecuentemente o donde se consume más cantidad. Sus cuadrillas de amigos de infancia no consumen, no fuman y no beben de la manera en que están observando que se acostumbra en España. Incluso establecen diferencias de género al señalar que las chicas de allí son más recatadas que los propios varones en cuestiones de consumo de sustancias.

Para los adolescentes de familias inmigrantes, los fines de semana resultan momentos especiales, aunque diferentes e incluso distanciados del ocio de los autóctonos, pues es un periodo que, en ocasiones, se aprovecha para intensificar las relaciones familiares o para realizar actividades domésticas, como ocurre entre subsaharianos y paquistaníes. Para ellos, lo que se vive en nuestro país es una situación de locura, de ansiedad, y no entienden por qué el hecho de salir de fiesta ya es sinónimo de beber mucho, de drogarse, de fumar, de comprar algo para beber. Salir de fiesta allí, en sus países de origen, era realizar encuentros en una casa donde se podía beber, oír música y bailar, pero principalmente donde se podía reír. De este modo, el juego de las oposiciones entre el aquí y el allí se mantiene latente y referencial, pese al proceso de hibridación en el espacio global.

Referencias bibliográficas

- AGUINAGA, J. et al (2005). *Informe Juventud en España 2004*.
- APARICIO, R. y TORNOS, A. (2006). *Hijos de inmigrantes que se hacen adultos: marroquíes, dominicanos y peruanos*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Documentos del Observatorio Permanente de la Inmigración; 8.
- BERGA, A. (2005). «Adolescencia femenina y riesgo social: una relación invisible». *Educación Social*, 29, 15-24.
- (2006). «Jóvenes latinos y relaciones de género». En: FEIXA, C. (dir.). *Jóvenes latinos en Barcelona: Espacio público y cultura urbana*. Barcelona: Anthropos, 215-222.
- CACHÓN RODRÍGUEZ, L. (2005). «Inmigrantes jóvenes en España». *Informe Juventud en España 2004*.
- CALAFAT, A. et al (2003). *Salir de marcha y consumo de drogas*. Madrid: Ministerio del Interior (Plan Nacional de Drogas).
- CAMACHO, J.M. y COMAS, D. (2003). «El ocio y los jóvenes inmigrantes». En: CACHÓN, L. «Inclusión de la juventud inmigrante». *Injuve*, 60, marzo.
- CANELLES, N. (2006). «Modelos de intervención». En: FEIXA, C. (dir.), *Jóvenes latinos en Barcelona: Espacio público y cultura urbana*. Barcelona: Anthropos, 143-161.
- CUENCA, M. (1998). «La intervención educativa en ocio y tiempo libre». En: *Nuevos espacios en la educación social*. Bilbao: Universidad de Deusto, 253-286.
- ELZO, J. (2000). *El silencio de los adolescentes: Lo que no cuentan a sus padres*. Madrid: Temas de Hoy. Colección Vivir Mejor.

- FEIXA, C. (dir.) (2006). *Jóvenes latinos en Barcelona: Espacio público y cultura urbana*. Barcelona: Anthropos.
- FERNÁNDEZ ENGUIA, M. (2003). «La segunda generación ya está aquí». *Papeles de Economía Española*, 58.
- FIZE, M. (2007). *Los adolescentes*. México: FCE.
- FUNES, J. (2000). «Migración y adolescencia». En: VVAA. *La inmigración extranjera en España: Los retos educativos*. Barcelona: Fundación La Caixa, 117-142. Colección de Estudios Sociales.
- GARCÍA CANCLINI, N. (2001). *Culturas híbridas*. Barcelona: Paidós.
- GIRÓ, J. (2007). *Adolescentes, ocio y consumo de alcohol*. Madrid: Entinema.
- HADJ, Nathalie (2003). «Dificultades de identificación cultural de la segunda generación de inmigrantes magrebíes en Francia». En: *La integración social de los inmigrantes: modelos y experiencias*. Barcelona: Icaria, 301-319.
- KAO, G. y VAQUERA, E. (2006). «The Salience of Racial and Ethnic Identification in Friendship Choices Among Hispanic Adolescents». *Hispanic Journal of Behavioral Sciences*, 28 (1), 23-47.
- MATA ROMEU, A. (2004). *Jóvenes inmigrantes, imágenes e imaginarios en los procesos de escolarización y construcción identitaria*. Actas del IV Congreso sobre la inmigración en España. Ciudadanía y participación. Girona, 10 al 13 de noviembre.
- GREENE, Melisa L. y WAY, Niobe (2005). «Self-Esteem Trajectories among Ethnic Minority Adolescents: A Growth Curve Analysis of the Patterns and Predictors of Change». *Journal of Research on Adolescence*, 15 (2).
- MIGUEL, V. de y CARVAJAL, C. (2007). «Percepción de la inmigración y relaciones de amistad con los extranjeros en los institutos». *Migraciones*, 22, 147-190.
- MORENO RÓDENAS, P. (2002). *Reflexiones en torno a la segunda generación de inmigrantes y la construcción de la identidad*. Ofrim/Suplementos, junio, 11-30.
- MORIN, E. (2002). «Los espacios del rock: una aproximación a los espacios juveniles». En: NATERAS, A. (coord.). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM.
- PRADA, M.A. de (Colectivo Ioé) (2005). «¿“Invencción” de la adolescencia migrante?». *Congreso: Ser adolescente hoy*. Madrid, 22-24 de noviembre.
- ROS, R. (2005). «Perspectiva de género en la acción socioeducativa». *Educación Social*, 31.
- RUIZ-CALLADO, R. (2005). «Modos de inclusión social de los jóvenes inmigrantes: la integración como fundamento de la ciudadanía democrática». *Sociedad y utopía*, 26, 279-294.
- TERRÉN, E. (2007). «Adolescencia, inmigración e identidad». En: CACHÓN, L. y LÓPEZ, A. (coords.). *Juventud inmigrante*. Consejería de Inmigración del Gobierno Canario.